





# SOMOS MUCHAS, SOMOS MÁS

## Selnich Vivas Hurtado

Escritor y profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia

Foto *Anciana colocándose el tocoyal*, Guillén Pérez

\*

*La mujer de pie*, de Chantal Maillard, nos invita a cantar en varias lenguas para buscar la sanación. En contra del etno-ego-centrismo del occidental que “pasa por suponer que su sistema de lenguaje es el único posible”. En contra de la “raza blanca, [que] desde su prepotencia y la sobreestima de sus valores, ha perturbado el equilibrio de otros pueblos”. La mujer de pie, que es muchas mujeres, teje guijarros sonoros, estribillos de la infancia. El huso en las manos proviene de la India, los hilos de Grecia. Matices. Los colores del hilo, las lenguas de nuestras madres y abuelas en despedida. Eso que llamamos mundo, nos dice, es una imaginación de las lenguas: las ancestrales, las maternas, las adoptivas, las propias. “El orden del mundo nada tiene que ver con la voluntad de unos o de otros”.

\*

Las lenguas ancestrales son partos primerizos de la Tierra y conservan sus vibraciones y respiraciones. El territorio nos siembra en clave de placenta a las edades del universo. Las lenguas maternas se cosechan en la familia. Y las familias nos proveen los tonos del afecto, los abismos del parentesco. Las lenguas adoptivas padecen las maquinaciones ajenas y celebran las horas de estudio. A veces entre libros, a veces por los viajes. Las lenguas propias las desgranamos para burlar los modelos, los cercos. Llegan a una zona intraducible de nuestro desacomodarnos en las cárceles letradas. No se comunican con las aves, mas ayudan a endulzar las palabras, severas, mezquinas de la academia. En algunos casos la materna y la ancestral son hermanas, pero no son la misma en todos los maritorios ni las únicas que nos corroen el corazón y la vigilia. Hay pueblos excepcionales, animales

no humanos, humanos no ilustrados, que hablan las lenguas de nómadas sin tiempo ni espacio. O que reinventan su lengua ancestral desde la mudez del liquen, la danza de la arena y el viento subterráneo. Muchas lenguas fueron desplazadas por hombres dotados de un “yo” enorme, siempre en servicio.

Quienes perdieron el vínculo con la huerta temen al planeta y no quieren volver en canoa al río arbóreo. Sin placenta, sin fogón, a la Tierra se le llama paisaje, fuente de riqueza. Cuando no, selva oscura y mole de cemento. Todas las lenguas son necesarias para la vida: las garzas y las nubes se aparean cuando el mar copula la montaña.

\*

La mujer de pie, sola en el escenario, dice: “Asombrosa, la costumbre que tiene el animal humano de identificarse con todo lo que piensa, dice o hace, añadiéndole un *yo* a cualquiera de sus actos, ya sean de la conciencia o del cuerpo”. Esta autoproclamada superioridad del animal humano frente al mundo cosificado, que ha producido su mente, le dota de una de sus mayores enfermedades: egocentrismo. El *yo* se niega a serse en naturaleza, desprecia su indivisible existencia con el mundo. Para superar el *yo* masculino, blanco, europeo, cristiano que coloniza los cuerpos del planeta —ya sean masculinos o femeninos—, la mujer de pie nos propone cambiarlo por el *mi*. Por un *mi* poroso, fractal, arbóreo, inestable, que se desmorone y pierda su forma en cada circunstancia. Un *mi* sin poderes omnímodos, en humildad y aceptación de sus límites. Una Medea. Solo en mutabilidad, la “mujer de pie realiza su fotosíntesis”.

\*

A nosotras no nos basta el *mi*. Decimos nosotras, en plural femenino, sin las marcas del discurso masculino. Sin los dispositivos del poder. Es cierto que no podemos escapar del lenguaje que gobierna en estas tierras, el español. Pero lo deterioramos a favor de nuestros vientres. ¿Por qué solo las lenguas de los hombres europeos son válidas para la poesía, la ciencia y la filosofía? ¿Por qué las nuestras no sirven ni para dar vida? Con la ayuda de otras lenguas, de otras telarañas, queremos romper las letras autorizadas. Les tejemos sonidos olvidados de otras mujeres valientes: Kafeniño, Monaiyatirizai, Ekofayiangó. Kafeniño, la mujer desmembrada y vuelta a ser tejida en sabiduría de grulla y de marucu, nos canta: *Atiiri, atiiri kairi ñuera úai*, tráenos, tráenos palabra de vida. Tráenos la escucha, el oír en los límites. Ya es hora de dejar de sufrir la escuela masculina. Esa que no enseña otra cosa que el *world not world*, el mundo no-mundo. En la academia no se habla de la vida. Tenemos que

ser útiles, productivas, eficientes. Es gustoso, para el macho domesticado y domesticador, hablar con formalismos. Adormecer las sinapsis cerebrales. Someter la existencia a la dispersión de las ciencias. Impedirnos escuchar la respiración del universo. Allí no hay rentabilidad, pero hay *jagiiyi*, aliento de vida.

\*

La mujer de pie dice, un paso más adelante: El mundo hecho de palabras desapareció el tejido de seres. Falseó el mundo. Por esa razón, “todo relato miente”. El más mentiroso de todos es el que afirma decir la verdad, el que defiende su realidad como única y universal. Relatar es recortar, es seleccionar, es acomodar. Manipular. Destejer la telaraña de la historia y de la ciencia es necesario para alcanzar la pequeña libertad, la posibilidad de desdecir. Si en Abya Yala tenemos otras lenguas y otros relatos quiere decir que somos creadoras de mundo. No somos ni inferiores ni iletradas. Somos anti-letradas, es decir, contamos historias a través del canto, del chumbe, de la pintura corporal, de las danzas. No queremos perder el ritmo de la danza de las energías del mundo. Es sencillo. Cuando se pasa mucho tiempo entre libros se adopta la postura rígida. Los señores doctores son “analfabetas, por siempre, en el cuaderno del mundo”. El egocentrismo se acompasa con la erudición inútil.

\*

La mujer de pie es una araña. De su saliva salen tejidos. Igual que en la red kriol. La cantadora es nuestra araña, nuestra abuela Anansi. Ella ha segregado la savia de África en los archipiélagos caribeños soñados en quilombos, sin perder sus símbolos, sus toques de tambor, sus pasos y sus celebraciones a Yemanyá. *Wii kom fahn di sii, wii gwain bak tu di sii*. Nosotras venimos del mar, nosotras regresaremos al mar. Cuando la abuela, la madre y la hija Anansi hablan suspenden el tiempo de la historia y revierten los movimientos del mar, del viento. Tejen las errancias de aquí para allá. La comunidad de hoy se vuelve a juntar para la danza en el allá, con los antiguos. “A imagen de la araña cósmica (*akṣarabrahman*), la mente de cada cual segrega su universo”. Habría que aceptar de una vez por todas que el cordón umbilical es una cuerda vibrante. Nos enseña, alimenta y cuida con vibraciones. Dentro y fuera del vientre habitamos un universo sonoro, otro vientre. Antes que letras somos vibraciones. Somos impresiones grabadas en la memoria ancestral de las especies. Cantar es retornar, por medio de retales sonoros, al mar. Cantar es ser varias veces: cuando nacemos, cuando navegamos y cuando morimos.

Nacer en ombligarse, sembrar el ombligo en el vientre de la madre mar. Morir es sembrarse en el mismo vientre. La vida es un canto sanador en el que cada uno de sus sonidos es un canto en sí mismo, una nueva telaraña, un nuevo viaje. Y así sucesivamente. No más metafísica judeo-cristiana escrita por filósofos racionales y objetivos. No más hombres blancos y sabios de la Europa moderna administrando la mentira del mundo, midiendo nuestro tiempo, a través de la ciencia neutra. Nosotras somos canto, *shier*, preocupación solidaria por todas las demás. Cada una atraviesa el círculo del hambre y debe alimentar a sus crías. El canto, a diferencia del texto, no puede existir en ausencia del cuerpo, del aire de vida, que es común al árbol, al pez, al río.

\*

Prestamos oído a tus palabras, mujer de pie. “Pensar es la herida”, la *Ur-Teilung*, división irreconciliable de las cosas, los seres y los fenómenos. Dividir, clasificar, separar son operaciones mentales. Jamás madre naturaleza. El supuesto isoformismo entre el discurso de la ciencia y la materia es una ficción muy elaborada. De allí que educarse sea el inicio de las separaciones dolorosas. Bastaría devolvernos a la condición de la materia para celebrar la calma, común a todas las especies. En comunidad con la madre se reconoce “el misterioso impulso [...] que hace brotar de la semilla la fruta”. En esa calma, el momento anterior a las designaciones, resplandecen los corazones. Somos *kominítaiyi*, dicen las abuelas muruimuina que conocen al colibrí, al mojojjoy, al canangucho y a la boruga. *Kominí*: seres, todos en igual dignidad e importancia para la vida. *Nite*: tejer. *Aí*: venir a, llegar a. *Yí*: el proceso. Somos el tejido de seres que han llegado a ser vida. Somos la danza de “las partículas que forman la materia”. No hay por qué dudar de la validez del saber de un pueblo ancestral, frente al saber de una universidad moderna y sus laboratorios. Venimos de las estrellas y somos danza de polvo de estrellas. “Hay en todos los seres, en efecto, una memoria infinita que conserva el recuerdo, la huella, de las primeras moléculas que formaron las galaxias. Todos los estados de la materia están presentes en el código de cada ser que vive”. La materia no nos diferencia de la boa o del aire. Tampoco a ellos entre sí. Hay jaguar mariposa, pez mariposa, mariposas. Tenemos flora intestinal, vivimos del aire. ¿Por qué suponernos superiores al oso, a la hormiga? Solo nuestra separación mental autoimpuesta (sujeto/objeto) ha inventado la soledad deseada, la orfandad de mundo. Nunca se está solo ni se es sujeto. A no ser que hablemos del sujeto de un verbo. Nunca estamos en silencio. La juntanza de millones de

millones de seres parlantes, cantores, es lo que teje cada existencia, el cruce de fibras sonoras. Somos ruido blanco, canto de cigarra, canto de tambor africano. Somos resonancias, pulsaciones, ritmos, latidos y estremecimientos de seres danzantes. Y celebran el ruido con gusto, en movimiento perpetuo, en frecuencias vibratorias. La individualidad normatizada, por el contrario, favorece el mercado, el consumo, la distancia social, la desidia, la arrogancia. El acallamiento. La ciudad bullosa intenta a toda costa silenciar el mundo ancestral. A la ciudad burguesa “le convenía reemplazar la idea de pueblo por la idea de individuo y el beneficio colectivo en beneficio privado”.

\*

La mujer de pie nos pide que desatendamos sus palabras. No lo hacemos. ¿Cómo creer en una filósofa y poeta que escribe en una lengua occidental y cuestiona a la filosofía occidental? ¿Cómo creer en una mujer que está atrapada en las lenguas, los enunciados, los discursos y que nos pide que no creamos en sus escritos? Si el mundo es lógica y lenguaje, entonces ella es nuestra hermana. Ella es lo que se dice de ella, lo que supuestamente ella dice de sí misma. Ella un pronombre, una pariente. Una herida del pensar. Ella es una “teoría del conocimiento del *mí* en varios tiempos sobre la trama de una vida”. Ella es telar de araña, opinión, conciencia, flujo del pensar. Ella es una idea de la idea de ella. En pocas palabras: “Somos más de una, somos muchas”. Nosotras creemos en ti, mujer de pie, pues al igual que tú, volvemos “de un lugar lejano donde la gente canta y al unísono agradece la luz del alba”. El canto nos devuelve la confianza en la comunidad, en el territorio, en la vida colectiva. El canto nos recuerda el origen común. Cosechar, cocinar, narrar, cantar y danzar dan sentido y constitución a la colectividad biológica y al cosmos, vientre gestante. Para nosotras “no es necesaria la escritura”. En esta danza colectiva estamos contigo, mujer de pie. Nos pides que cantemos y cantamos. Nos pides que acallemos a la mente, a la “habladora, la que dice *yó*”, y prestamos oído a los grillos. Nos invitas a “dejar paso a la otra, la Anciana, la que canta. Con ella de la mano, ir. Dejarse Ir. Convertirse en ella”. Y así, así vamos celebrando el antes, donde no había separaciones. “La mente: logos descontrolado”. Canto colectivo: reunificación del cuerpo desmembrado. Una y otras nos juntamos como al comienzo, antes del aún. **U**



Chantal Maillard (2015). *La mujer de pie*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.